El turista ingenuo

Gregorio Matallanas

El turista ingenuo

Gregorio Matallanas

Avant
editorial

Primera edición, mayo de 2023
© Gregorio Matallanas, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19763-44-0
IBIC: WTL
DEPÓSITO LEGAL: M-16900-2023

A mi querida hija Rosa Matallanas González
que no ha leído un libro en su vida.
Y a Carolina Lau Chu, of course

CUENTO DE MAR

Voy a beberme el mar.
Ya tengo listo mi velero fantasma.
No le he trazado rumbos a mi ausencia,
no he fatigado el mapa
localizando zonas que no bailen
al macabro jazz-band de las borrascas.
Viajaré simplemente,
sin triangular alturas ni distancias,
llevando en el timón a Don Quijote
y la rosa del viento en la solapa.

Acompáñame tu dulce chiquilla,
partiremos al alba,
cuando los alcatraces no dibujen
su ecuación de naufragios sobre el agua.
Arranca tus raíces de la tierra.
abre tu citolegia de nostalgias
y vamos a bebernos el océano
en la copa de luz de las montañas:
visitaremos todos los países,
los puertos y las radas.
Te compraré crepúsculos en Chipre.

Un elefante niño al sur del África.
Un gajo de luceros en Corea.
Dos elásticos tigres de Bengala.
El dolor milenario de un camello.
Y la fatiga estéril del Sahara.

En el Japón te mostraré los biombos
con figuras bilingües y enigmáticas.
En Pekín buscaremos la muñeca
de blanco corazón de porcelana.
Haremos de bambú balsas de ensueño
para subir un río de esperanzas.
Y te daré un sombrero en forma de hongo
y unas chinelas para tu pijama.

Pasaremos a Escocia y a Noruega.
Después navegaremos a Finlandia
para buscar la estirpe de un vikingo
de ojos azules y de luenga barba,
que se murió coleccionando fiordos
en el álbum con sal de su nostalgia,
mientras su vieja pipa marinera
quemaba archivos íntimos del alma.

Y siempre sin control, siempre viajando,
iremos al país de Sherezade
y allí te contaré Mil y una Noches
de reyes y de esclavas,
de romances y torres de marfil
de bazares, de alfombras y de flautas,
de madrigales y de surtidores
de pie como las cobras encantadas.

Subiremos al Rin buscando a Wagner
y su Tetralogía desvelada.
Cazaremos los cisnes hiperbóreos
que abanican la muerte con sus alas.
Te diré que la música es un vino
que cuando estamos tristes se derrama.
Y que el silencio es un santuario celta
donde reposa el corazón de un arpa.

Y fatigando el mar, ¡Qué importa el tiempo!
visitaremos la ciudad sagrada,
la tierra de la cruz y del olivo,
la que escuchó el Sermón de la Montaña,
la patria de Jesús y de María
la que arrulló las bienaventuranzas,
la tierra donde un tosco carpintero
pulió a garlopa el globo de una lágrima.

En otro amanecer arribaremos
a las Islas Canarias.
te compraré su nombre que es un trino
diluido en el agua.
Para pescar luceros en el fondo
te bastará la red de tus pestañas,
y aprenderás que a Dios también se llega
por el verde camino de las algas.

Si sueñas ver a Nápoles,
cruzaremos por mármoles de Italia,
y te daré una góndola en Venencia
y en Asís la humildad de una campana.
Compraremos al Dante sus Laureles
y a Benvenuto su luciente daga,
para tu muñequero de ilusiones
y tu azul inquietud de extravagancias.

Buscaremos ositos en Siberia
rutas de manzanilla al sur de España,
la sombra adolescente de Platero,
la capa de Unamuno en Salamanca,
la fatiga inmortal de Rocinante.
El dardo del Amor Clavado en Ávila,
la Morena ascendencia de «El Cachorro»
y el llanto de Boabdil sobre Granada.

Y cuando tengas sueño, mi pequeña,
cuando te canses de medir distancias
y no quieras viajar a la deriva
con la estrella polar a las espaldas,
te arrullaré, mientras mi vieja pipa,
que compré a un bucanero en Samarcanda,
quema frente a la noche de tus ojos
mi viejo contrabando de nostalgias.

JORGE ROBLEDO ORTIZ

1. LA VIUDA ARGENTINA

Quizás todo empezó en una fría aula de colegio con grandes ventanales, cuando un niño escuálido al que apodábamos el Pecas, con dientes de conejo y excéntricamente pelirrojo, escribía con los dedos sobre los cristales empañados el memorable poema de Machado:

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierras de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

El Pecas se reía nerviosamente mostrándonos sus dientes irregulares, y se sentaba precipitadamente en su pupitre cuando llegaba el maestro. José, el buen maestro, que nos enseñaba los poemas de Machado, dejaba pasar alguna que otra trastada, como las que hacía el Pecas, famélico, epiléptico y pelirrojo, pero aquellos versos nos acompañaron de por vida, inyectados en vena por el buen maestro, don José.

La poesía fue el principio y quizás el final de todo. Desde entonces, soñé palabras, historias, y quise escribir como Shakespeare, y soñé *El Quijote* una y mil veces. Fantaseé con viajar por los mares del sur, imaginé la cara oculta de la luna, soñé el mar Índico, me imaginé el estrecho de Bering. Deliré con los secretos de la Amazonía. Visité las Torres del Paine, Tahití —la isla de Gauguin—, la Patagonia y el Congo, y las cataratas del Niágara donde me sonreía mi Marilyn. Soñé todo lo que la literatura me mostraba. La magia corría ya por las venas de Geoffrey Chaucer, que en el siglo XV escribió *Los cuentos de Canterbury*. Fui Defoe, Faulkner, a veces coqueteé con Dostoyevski. Osado como Wilde, atrevido como Nabokov y audaz como Lorca, que tejía el poema con sus manos sedosas de pianista inteligente. Soñé con Buñuel que remasterizaba el suicido de Van Gogh. Soñé con Gregorio Samsa, que como animal prehistórico se burlaba de nuestra vulgaridad. Soñé con Borges y con Cortázar.

Después, mucho después, me enamoré de Lezama Lima, de Capote, de García Márquez, de Carlos Fuentes, de Juan Rulfo. Y en mis tiempos perdidos por Europa, leía todo lo que caía en mis manos, acompañado por gente, que nadaba en la superficie mientras viajábamos por la vieja Europa, buscando el unicornio del deseo y la frescura, el aroma de los tiempos pasados, que nunca fueron tan felices como manifestábamos.

Era invierno, porque la nieve se acumulaba en las cunetas de Francia. La niebla se había posado en el fondo de los valles, junto a los ríos, el cielo era nítidamente azul, hermoso azul picassiano.

Viajábamos rápidamente y con prisa, aunque Paul Bowles tenía razón cuando decía que en nuestro tiempo era imposible viajar. Viajábamos a la velocidad del TGV recién inventado, mientras turistas ingenuos me acompañaron por aquel largo

viaje que duró cuarenta años. Vivíamos sumergidos entre las aguas de la realidad y la ficción. Iba anotando en un cuadernillo exageradas historias de este viaje tan vulgar. Recopilaba anécdotas en servilletas de papel, en hojas sueltas, en cualquier hueco de un cartelito publicitario. La realidad me fascinaba, como los cuadros de un artista moderno y neurótico que conocí en París. Velázquez pintó la realidad, pero pintó el aire, tan difícil de pintar como Rembrant pintó las oscuras sombras.

Atravesábamos Francia, llena de castillos renacentistas, con campos en reposo y bosques sin hojas. Paramos a comer en el restaurante de un castillo decorado con jabalíes disecados que nos mostraban sus rojas bocas y sus afilados colmillos. Nunca comprendí el por qué tantos hombres disfrutaban con la visión de esos animales asesinados.

Graciela Pochettino llamaba la atención a todo el grupo por su forma excéntrica de vestir, tocada por un sombrerito chino.

—Soy viuda —me decía muy a menudo.

Aquellos turistas asesinaron a García Lorca, pero no lo sabían. Lo enterraron en una zanja anónima donde nadie lo podía encontrar, aunque todavía sus versos sonaban como agua fresca, tantos años después. Esos maravillosos versos se escuchaban como un nítido eco y retumbaban en mi alma, y durante muchos años añoré la sublime belleza de su *Poeta en Nueva York*.

Envidiaban a Graciela y murmuraban a su espalda opiniones absurdas y disparatadas. Me llegaban murmullos sobre Graciela: que si era una vividora, que si era la viuda de un militar argentino de la dictadura, …

Llevaba siempre conmigo las obras completas de Goethe y el libro de Beethoven, *Das Lebewohl* —La despedida—. Nadie como Beethoven me había hecho llorar. Devoraba cada palabra

de aquel libro desconocido, mientras nos acercábamos al París de los atascos.

Graciela se sentaba siempre al final del bus. Llegaba siempre la última, pero puntual, y siempre se reía.

Monet era amante del arte japonés, y desde niño le impresionó la catedral de Rouen. Murió en Giverny en 1926. La palabra *impresionista* se le ocurrió a un periodista tras ver el lienzo *Sol Naciente*. Se puede ver ese cuadro de 1872 en París, en el Museo Marmottan.

Yo nunca vi a Sartre en el bar Tre Scalini, de la plaza Navona, ni a Hemingway en el Ritz de París, ni a Joyce en Dublín, ni a John Lennon y Yoko Ono en el Hilton de Ámsterdam. Me encontré en París con Nancy y con mi entrañable amigo Santiago.

Me encontré también con J.R., mi mejor amigo, irreverente y entrañable. Unos meses antes me había regalado el libro de Hans, portero de noche, loco y excéntrico del Hotel Mikado, que contaba extravagantes historias de su vida nocturna. Hans hablaba siete idiomas sin acento. Había trabajado en el Hotel Hilton de Ámsterdam donde Yoko Ono y John Lennon se encerraron siete noches en la habitación. Conocía a Paul Breitner, el famoso futbolista alemán, que leía a Marx.

Las iluminaciones de Rimbaud, que puso en bancarrota la poesía del siglo XIX. Llegamos a los acantilados de Dover. Celtas, vikingos, normandos, pueblos sepultados por la historia con el pelo erizado, posaron sus ojos en aquellos mismos acantilados.

El cielo del canal me fascinaba: nubes oscuras precipitándose sobre aquellos acantilados y el sonido de sirenas de los barcos que me recordaban a las novelas de aventuras. Ni el cielo ardiente de Van Gogh, ni el universo infantil de Miró, ni el cielo amarillo de Monet, ni el cielo neoyorkino quebrado por los rascacielos,

me gustaban tanto como aquel acantilado blanco y cambiante de Dover.

A mi espalda, siento el jadeo del jaguar buscando al caimán que toma el sol al borde del agua, y me pongo a pensar en la isla de Wight. Cuento a Graciela que en francés *la manche* significa 'la manga'.

De pronto, se formó una borrasca maravillosa con vientos huracanados. Una lluvia dulce mojaba nuestros rostros. Las gaviotas naufragaban en aquel mar invertido. Corrimos, para escaparnos de aquella ráfaga oblicua, y nos refugiamos en un bar. Pedimos unas cervezas. Era hermoso ver el mar grisáceo y la lluvia desde detrás de los cristales. La viuda argentina se emborrachaba con una sola cerveza. Era cómico verla con aquel sombrero chino sobre su cabeza.

En aquellos tiempos, los barcos tardaban más de tres horas en hacer el trayecto entre Calais y Dover, y dentro de los barcos había casino para jugar al *Blackjack* o a la ruleta.

J.R. sabía diferenciar entre Flor de Caña, Havana Club, Brugel, Barceló. Luego se pasaba al Smirnof, Miscaya, Cristal, Absolut, sonreía y me abrazaba. Mientras hojeaba el libro de Hans, *La naranja mecánica* se quedaba corta. En París había tenido tiempo de ver a Monet. Monet representaba la reacción contra el academicismo.

Me fascinaba tomar el barco, atravesar el canal de la Mancha y escuchar a las estridentes gaviotas franco-británicas zigzaguear sobre los acantilados.

Ya en Londres, Graciela vio un sombrero idéntico al suyo que costaba 100 libras en una tienda de Oxford Street.

—Igual que el mío, que me costó un dólar en China —me dijo y añadiendo con voz melosa—: Lástima que me dejó tan pronto.

Y mientras sacaba una foto del parlamento, me dijo aflautando su voz:

—Te habrán hablado de mí, de mi marido, de la dictadura, pero no fue tan malo, solo mataron a mil personas.

Graciela ya conocía Rodas, Mombasa, Johannesburgo, las ruinas de Guatemala, China varias veces, Nairobi, Ciudad del Cabo, Egipto e Iguazú. «Son más bonitas desde el lado argentino», recalcaba.

Me dijo que quería ir a Nepal, mientras mordía una manzana.

El viaje a ninguna parte nos llevaba hacia una falsa playa donde nadie se detenía.

Kipling dijo que el verdadero arte de escribir era borrar palabras.

El turista ingenuo no buscaba la profundidad, la sutileza; deseaba nadar en la superficie, acercarse a la arena de la playa como los alevines y fotografiar la simple y primaria realidad.

Me fascinaban Turner y Lucien Freud, mientras los que me acompañaban me hablaban con voz grave de sus inamovibles y superfluas convicciones.

—La masa me confortaba a veces, pero no me gustaba, solo me reunía con dos o tres personas a la vez —me confesaba J.R.

El viaje en sí mismo me atrapaba por su propia inercia, aunque sabía que no era necesario viajar. Se cuenta que Kant nunca se alejó más de quince kilómetros de Königsberg.

J.R. me decía que el hombre más inteligente que había conocido en su vida era pescador y que no había salido nunca de su pequeña isla griega.

Graciela me confesó que a menudo hablaba con su sombrero chino y sonreía.

—¿Te parece extraño que hable con mi sombrero? —me preguntaba.

—No, otros hablan con sus perritos. Yo, por ejemplo, hablo con escritores muertos y les consulto dudas.

Graciela se echó a reír como una colegiala de quince años.

Quince minutos antes de abandonar el hotel de Londres, el portero vestido con un frac a rayas grises y negras me dijo que la habitación 814 tenía que pagar un extra. Consulté mi *rooming list* y comprobé que la habitación 814 correspondía a Graciela Pochettino. Mientras el portero acercando su boca a mi oreja me susurró que la señora había consumido nueve videos eróticos.

Yo ya se lo había advertido a todos ellos antes de llegar al hotel e insistí en el mismo hall de entrada sobre las películas de *Pay-TV*, y bromeando dije que eran películas de dibujos animados, pero todos lo entendieron.

Mientras buscaba por el hall a Graciela, recordé que las películas que pasaban por el canal de pago eran *Rocky y sus hermanas*, *Las gemelas casi idénticas* y *Fin de semana en Bangkok*.

Localicé rápidamente a Graciela, porque llevaba puesto su sombrero chino, y le dije amablemente que me acompañara a recepción, que tenía que pagar unos extras.

—Me aburría —me dijo con su acento porteño—. Soy viuda —añadió.

No le dije a Graciela que a mí también me gustaba ver porno el día de San Valentín.

Mientras caminábamos hacia el encuentro con el portero del hotel, envidiaba su acento argentino. Graciela pagó la cuenta y salimos hacia Dover. Era muy temprano. No había ovejas en

los campos casi nevados, solo algún caballo que se entrenaba para alguna carrera imaginaria.

Durante el camino hacia Dover, Graciela se me acercó sigilosamente y me dijo:

—Te vas a reír de mí.

—No, no me voy a reír de usted —contesté—. Dígame.

—Que te vas a reír de mí —insistió. Graciela me miró fijamente con sus ojos almendrados y me dijo—: He olvidado el cuadro de mi marido en el hotel de Londres.

Guardé silencio unos segundos.

—¿Un cuadro? —pregunté.

—Sí, el retrato de mi marido —verificó—. Siempre viajo con su retrato.

—¿Dónde lo has olvidado? —pregunté.

—Que te vas a reír —me dijo.

—Que no —insistí.

Hubo unos segundos de pausa.

—Debajo del colchón —dijo dulcificando su voz—. Me gustaría recuperarlo.

Tardé unos veinte segundos en procesar aquella información. Recordé que J.R. iba a ese mismo hotel de Londres el día siguiente y que nos encontraríamos de nuevo en Ámsterdam.

—No te preocupes, creo que lo podremos recuperar.

Graciela me dio un beso en la mejilla.

Lo que me resultó más difícil fue hablar con el hotel y explicarles que Graciela Pochettino de la habitación 814 había olvidado el retrato de su marido debajo del colchón. El tipo que me descolgó el teléfono se reía. Le dije que mi amigo J.R. lo recogería esa misma noche, que por favor se lo entregasen.